

Resumen

Desde los años setenta todos los países avanzados han experimentado una caída de su tasa de fecundidad. Aunque en muchos de ellos se ha producido una recuperación y se aproximan al nivel de reemplazo poblacional, este no es en absoluto el caso de los países del sur de Europa en general y de España en particular. En la Europa mediterránea, la caída de la fecundidad ha sido mucho más acentuada que la que experimentaron los países precursores en este cambio de tendencia. La pregunta principal que guía este estudio es: ¿por qué en algunos países, singularmente en España, se da este síndrome de baja fecundidad y no hay indicios de recuperación?

Como se describe detalladamente en el capítulo 2, en España y otros países el índice sintético de fecundidad (ISF) ha sido inferior a 1,3 hijos por mujer durante más de tres décadas. Después del año 2000 hubo indicios de una cierta recuperación, pero al empezar la crisis económica la fecundidad ha regresado a niveles muy bajos (*lowest-low fertility*). No cabe duda de que la persistencia de un ISF tan bajo durante un período tan prolongado tendrá graves consecuencias a largo plazo, tanto a nivel social como de crecimiento económico. No solo provoca un rápido descenso de la población, sino también importantes desequilibrios en su estructura de edad. Esto explica los sombríos pronósticos sobre la capacidad de España de mantener sus futuras pensiones.

El envejecimiento de la población es un asunto del máximo interés público: ha sido objeto de numerosos análisis y apenas precisa que profundicemos en él. Nuestro estudio está motivado por una cuestión paralela, pero que recibe una atención mucho menor. El punto de partida plantea una de las mayores incógnitas en la investigación sobre fecundidad. Al examinar los datos sobre las preferencias de los ciudadanos en lo que se refiere a los hijos, se observa una sorprendente estabilidad a lo largo de sucesivas generaciones. Actualmente la inmensa mayoría de hombres y mujeres desearían tener al menos dos hijos. Una mayoría considerable preferiría tener tres o más, y solo una pequeña minoría afirma no desear hijos. Estas preferencias se han mantenido estables durante el último medio siglo. Por consiguiente, desde los años ochenta ha surgido una brecha persistente entre los deseos y la realidad, que aquí interpretamos como un *déficit de bienestar* en la familia.

Nuestro estudio se centra pues en los factores que impiden la realización de las preferencias de los ciudadanos en materia de fecundidad. Existen dos tradiciones teóricas que guían esta investigación. La primera, vinculada a la *nueva economía doméstica* de Gary Becker, pronostica una erosión general de la familia (disminución del número de matrimonios e hijos y mayor inestabilidad conyugal) debido a que los costes de oportunidad de la maternidad aumentan a medida que las mujeres alcanzan un nivel educativo y una implicación laboral cada vez mayores. La segunda teoría es una versión posmoderna de la tesis de la segunda transición demográfica, según la cual los valores posmaterialistas de individualismo creciente y priorización de los ideales de realización personal tienen como resultado un debilitamiento del compromiso con la familia, en una línea similar a las previsiones de la teoría de Becker.

La evidencia empírica de nuestro estudio y otras investigaciones refuta la perspectiva posmoderna, entre otras cosas por la estabilidad que muestran las preferencias sobre el número de hijos. Pero ¿podemos considerar que la baja fecundidad es una consecuencia inevitable de los nuevos roles de la mujer? Al examinar la evolución comparativa de los niveles de fecundidad, parece claramente que la respuesta a esta pregunta es negativa. En realidad, precisamente en las sociedades con una mayor participación de la mujer en el mercado laboral –como los países escandinavos o Estados Unidos– se registran las tasas de natalidad más altas. Por este motivo centramos la atención en factores vinculados a la conciliación de la vida familiar y laboral.

Por lo que respecta a las características concretas del comportamiento reproductivo, nuestros análisis revelan algunos hechos claros y en ocasiones sorprendentes. Como en otros países, el aplazamiento de la maternidad es una estrategia cada vez más común. La edad media a la que las mujeres españolas tienen el primer hijo (31 años) es de las más altas del mundo. No obstante, este dato no basta para explicar la baja fecundidad, puesto que en los países nórdicos la media es similar y eso no impide que posteriormente haya muchos más nacimientos. También observamos que España se desvía considerablemente de sus vecinos mediterráneos en cuanto al primer hijo. En comparación con Italia, el porcentaje de mujeres españolas que no tienen hijos es bastante menor; la mayoría de mujeres tiene al menos un hijo. El principal *déficit de bienestar* en España se halla en la dificultad de ir más allá del primer hijo.

Si las dificultades de conciliación constituyen una barrera importante para tener hijos, esto debería afectar particularmente a las mujeres con un elevado compromiso con su carrera profesional, es decir, aquellas con mayor nivel educativo. Esto se analiza en

detalle en el capítulo 3. En coincidencia con los resultados de estudios realizados con anterioridad, la evidencia empírica apunta a una inversión de la relación entre nivel educativo y fecundidad precisamente en los países –como los escandinavos– donde los niveles de fecundidad se han recuperado. Esta tendencia, sin embargo, todavía no ha ocurrido en España.

En las últimas décadas, en España se han disparado tanto los divorcios como las formas de convivencia no convencionales. El índice de divorcios se sitúa entre los más elevados de Europa, mientras que la cohabitación –que unas décadas atrás era un fenómeno marginal– hoy presenta niveles próximos a los de Austria y Alemania. Estos fenómenos apuntan a una inestabilidad creciente de la vida en pareja en España, lo que a su vez afectaría negativamente a la fecundidad. Los resultados de nuestros análisis (en el capítulo 4), en cambio, ponen de manifiesto unas cuantas constataciones realmente sorprendentes. En primer lugar, las parejas de hecho españolas se reparten por igual en todos los estratos socioeconómicos y son muy estables, más que en la mayoría de países. En segundo lugar, las parejas de hecho tienen un comportamiento reproductivo muy similar a las parejas casadas, al menos en lo que al primer hijo se refiere. También en este dato España se distancia de sus vecinos mediterráneos y converge con el patrón escandinavo, aunque esta semejanza solo es válida para los primeros nacimientos.

Una cuestión clave en el debate actual es cómo los valores de igualdad de género influyen en la fecundidad. Lo lógico sería pensar que dichos valores reflejarán cambios también en las *relaciones* de género: una división del trabajo más simétrica entre géneros debería mejorar la conciliación y asimismo la confianza mutua. En el capítulo 5, al analizar las encuestas de valores mundial y europea, puede apreciarse que en las últimas décadas España ha hecho grandes avances en materia de igualdad de género. La comparación de los datos para un gran número de países nos lleva a la conclusión de que la fecundidad tiende a recuperarse con mayor vigor en las sociedades en donde la igualdad de género está convirtiéndose en hegemónica. Si en España se mantiene el impulso hacia una mayor igualdad de género, podríamos prever un impacto positivo en su fecundidad futura. No obstante, probablemente esto dependerá de si al mismo tiempo se refuerzan las políticas de conciliación.

La investigación sobre la fecundidad tiende a centrarse principalmente en los roles de la mujer, ignorando en gran medida la otra cara de la moneda: el papel del hombre. Para comprender mejor cómo los hombres de hoy en día perciben la formación de la familia, hemos incluido un análisis cualitativo, basado en entrevistas en profundidad, de las interpretaciones que los hombres españoles efectúan sobre la paternidad

(capítulo 6). A pesar de que resulta imposible generalizar a partir de estas informaciones, el estudio pone de manifiesto un nivel sorprendentemente elevado de motivación y deseo de involucrarse en la crianza de los hijos por parte de los padres, un dato que subraya la evolución hacia una mayor igualdad de género en España.

Por último, el capítulo 7 intenta discernir cuáles son los efectos de las políticas públicas favorables a la familia sobre el nivel de fecundidad. Se presta una especial atención a los permisos de maternidad y paternidad y a la provisión de plazas en las escuelas infantiles de 0 a 3 años. Como es bien sabido, en España dichos permisos son bastante limitados (4 meses para las madres y 2 semanas para los padres; estos apenas tienen incentivos y los progenitores solos no pueden acogerse a ningún beneficio extra) y la oferta de plazas en las guarderías es relativamente limitada. Basándonos en la evidencia empírica comparada, nuestros análisis concluyen que las políticas de conciliación familiar no bastan para producir efectos significativos. Solo cuando dichas políticas van acompañadas de una evolución progresiva hacia la hegemonía de la igualdad de género (como se ve en el capítulo 5) aumenta la probabilidad de que la tasa de fecundidad se recupere efectivamente. Pero probablemente también podamos llegar a la conclusión opuesta, es decir, que la promoción de los valores de igualdad de género no es suficiente, por sí sola, para producir esta recuperación, a menos que vaya acompañada de políticas sociales de apoyo a la familia.